

»ellas, añade, el verse contrariar y mortificar en todas
 »ocasiones; pero la habilidad de una madre dulce y cari-
 »tativa hace pasar estas píldoras amargas con la leche de
 »un santo afecto, acogiendo constantemente á sus hijas
 »alegre y bondadosamente, para que recurran á ellas ale-
 »gremente y se dejen modelar como bolas de cera, que se
 »ablandarán sin duda al fuego de esta ardiente caridad.»

Estos sabios avisos fueron como la coronacion de la obra de San Francisco de Sales, cuya historia general ha sido interrumpida algunos instantes por la necesidad de reunir en un solo libro, todo lo que se referia á la orden de la Visitacion. Vamos á tomar otra vez el hilo de la historia desde el año 1610, donde la hemos dejado, hasta la muerte de Francisco de Sales en 1622; advirtiendo al lector que no se admire si encuentra estos doce años menos fecundos en hechos que los precedentes. La razon es que este santo Obispo habia desterrado en gran parte el mal de su diócesis, y habia organizado el bien en ella; y si el mal que hay que reformar proporciona siempre numerosas páginas á la historia, sucede de un modo muy distinto con un bello orden de cosas sólidamente establecido, cuyo orden se sostiene sin incidentes notables y sigue pacíficamente su curso como el sol, dejando al historiador en una feliz esterilidad.

Lo que ocupó mas los últimos doce años de Francisco de Sales fué la orden de la Visitacion, que es lo que acabamos precisamente de contar, adelantándonos así al tiempo para reunir los hechos análogos.

LIBRO SESTO.

Desde la fundacion de la Visitacion en 1610, hasta la muerte del santo Obispo en 1622.

CAPITULO I.

Francisco continúa su episcopado ejercitando el celo y la caridad.—Su opinion en las discusiones relativas al poder de los Papas sobre el temporal de los Reyes.

(De 1610 á 1612.)

Los cuidados que habia dedicado Francisco de Sales al instituto de la Visitacion, no habian disminuido en nada el que debia al buen gobierno de su diócesis. Conceptuando como una de sus primeras solicitudes la formacion de su clero, hubiera deseado establecer un gran seminario, donde los aspirantes al sacerdocio hubieran podido formarse en las virtudes y en los deberes eclesiásticos, aprender el modo de catequizar é instruir, el canto y las ceremonias. Destituido de todo recurso para hacer frente á los gastos de este establecimiento, como hemos dicho antes, renovó sus instancias á la Santa Sede para que impusiera al clero una contribucion sobre los beneficios, que sería empleada en una obra tan necesaria (1). Ningun Obispo podia hacer oír una voz mas poderosa, porque su virtud era apreciada en Roma como debia serlo. «Teneis »por Obispo verdaderamente á un santo, decia el Soberano »Pontífice al Señor de Coëx, enviado para hacerle aprobar »la reforma de Talloires; siempre le he considerado como »tal. Decidle que se acuerde de Nos en sus oraciones, en »las que tenemos la mayor confianza, y vosotros sed sus

(1) * Carta DCXCIV.

»imitadores y seguid exactamente sus huellas.» (1) Sin embargo, Roma vió tantas dificultades en la medida propuesta, que se abstuvo de resolver nada.

Desesperando entonces de obtener nunca lo que deseaba tan vivamente, Francisco se esforzó al menos en animar el celo por las ciencias eclesiásticas, tomando parte en las controversias públicas de filosofía y teología, que ejercitan tan útilmente la inteligencia cuando, terminado el curso elemental, se está en disposición de entregarse á estudios mas profundos. Un dia que asistia á uno de estos ejercicios, ocurrió que el que respondia se dejó coger en las redes de su argumentador. Al canónigo que presidia tocaba sacarle de ellas; pero, poco feliz en sus esfuerzos, iba á su vez á ser cogido y á sufrir una penosa humillacion para sus canas, cuando compadecido de su situacion el Obispo intervino al punto, y con una distincion muy sutil resolvió el argumento de una manera tan clara que no hubo mas que objetar. El argumentador, descontento de su derrota en el momento en que esperaba la victoria, contestó con viveza y mal humor que esta distincion era desconocida.

«Puede ser, contestó el Obispo sonriendo, que haya sido desconocida para vos hasta hoy, pero ya en adelante no lo será.» (2) Al salir del ejercicio el presidente fué á dar las gracias al Obispo por haber salvado el honor de un pobre anciano, poco acostumbrado á las sutilezas de la escuela. «No me debeis dar gracias, Señor, contestó Francisco; es un deber en los jóvenes el sostener á los ancianos, así como á los ancianos toca el sostenernos en las debilidades de nuestra infancia. Este es el orden del mundo razonable, y una de las reglas de la Providencia.»

Algun tiempo despues, el santo Obispo dió pruebas de un espíritu de caridad mas admirable aún en un ejercicio semejante. Invitado por el sustentante á argumentar á su

(1) Dep. de Mincet.

(2) Carlos Aug., p. 417.

vez, espuso su argumentacion de una manera no menos notable por la forma que por el fondo, cuando uno de los asistentes se atrevió á apoderarse de su objecion bajo el insolente pretesto de hacerla valer mejor. Un olvido tan notable de las atenciones debidas escitó de todos lados un murmullo de desaprobacion; pero el santo Obispo, bajando los ojos y guardando silencio, dejó hablar al que le habia interrumpido hasta que le vió apurado, é inhábil para salir con honra del mal paso en que se habia metido. Entonces, volviendo á tomar el argumento, procuró cubrir cuanto le fue posible, la ignominia bien merecida de aquel hombre tan desatento.

No contento con alentar los estudios en el clero, Francisco procuraba atraer á él sujetos eminentes y capaces de hacer honor á la Iglesia. De este número era su hermano Luis de Sales, que figuraba en primera línea. El Duque de Nemours le habia nombrado hacia poco caballero del consejo del Ginebresado, dignidad la mas elevada para un militar, cuyo cargo desempeñaba con universal satisfaccion del príncipe, de los magistrados y de la nobleza. Pero el santo Obispo deseaba que sus grandes talentos y raras virtudes se emplearan en otra cosa mejor y mas útil, en el ministerio eclesiástico. Le propuso ser su coadjutor, haciéndole resaltar el bien que resultaría de sus trabajos hechos en comun. «Cuando predique á nuestros pueblos, le dijo, escribireis; cuando yo escriba, predicareis; cuando visiteis, yo residiré; y cuando yo visite, vos residireis.» Todas estas razones fueron impotentes ante la humildad del piadoso seglar, que se reconocia indigno del simple sacerdocio, y con mayor razon aún de la dignidad episcopal.

Afligido por no poder dar á la Iglesia un buen sacerdote mas, el hombre de Dios tuvo el dolor aún mayor de perder uno, que habia continuado siendo su mejor amigo despues de haber sido largo tiempo su ayo.

El señor de Deage, aquel preceptor celoso que le habia seguido por todas partes como su ángel custodio, murió por esta época. Siempre este buen sacerdote le habia ama-

do con pasion; siempre le habia vigilado y reprendido las menores imperfecciones que creia notar en él, como si el Obispo no hubiera cesado de ser su discípulo; siempre, en fin, habia querido verlo perfecto en todo, honrado y admirado de todo el mundo, sin poder sufrir que se permitieran con respecto á él la menor censura: y por su parte el Obispo, reconocido á tanto afecto, le habia rodeado de honor y respeto, admitido entre los canónigos de su catedral, recibido en su casa y á su mesa, no cesando de velar con una atencion delicada porque nada le faltase, en salud ó enfermedad (1). Cuando le vió atacado del mal que le condujo al sepulcro, le asistió hasta el último suspiro con un cuidado y asiduidad correspondientes al amor que le tenia. Despues de su muerte hizo celebrar por él en la catedral las exequias mas honrosas, oficiando él mismo, y dispuso se ofreciesen en toda la diócesis gran número de Misas por el descanso de un alma que le era tan querida. No fue esto aún bastante á su ternura, ¡tanto es lo que saben amar los santos! sino que ofreció él mismo varias veces el santo sacrificio por aquel amado difunto. La primera vez que lo hizo, el dolor de haber perdido á tan buen amigo le arrancó muchas lágrimas y suspiros; cuando llegó al *Pater noster* y hubo pronunciado tres ó cuatro palabras, se vió obligado á detenerse, sofocado por los sollozos, y no pudo continuar sino derramando muchas lágrimas. Despues de la Misa, estando solo en su cuarto con su capellan, que procuraba consolarle: «¡Ay! le dijo, esta alma está bien donde está, y no quisiera estar aquí; está entre los brazos y en el seno de la misericordia y clemencia de Dios; descansa como San Juan sobre el amable pecho de Jesucristo. Quereis saber lo que me ha hecho llorar tanto cuando empecé á decir el *Padre nuestro*? Es que recordé que era este hombre verdaderamente bueno el que me lo habia enseñado.» (2)

(1) Espíritu de San Francisco de Sales, p. I, sec. XXVIII.

(2) Ibid., p. V, sec. XXII.

El dolor de verse para siempre privado de un amigo se aumentó con la pérdida de otro á quien su nueva posicion obligaba á alejarse de él. Antonio Favre, al que siempre llamaba hermano, fue nombrado para el senado de Chambery, y en su consecuencia tuvo que dejar á Annecy para residir donde estaba el puesto á que le llamaba la confianza de su príncipe. Por eminente que fuera esta dignidad, no pudo compensar el dolor de su separacion; y hubo por una y otra parte un verdadero pesar, tanto mayor cuanto que la envidia, irritada con esta elevacion, suscitó amargas penas al nuevo presidente. Nada tan edificante como la relacion que de ella hizo este á su amigo. «Mi querido hermano, le escribe, yo digo todos los dias á Dios: *Bonum mihi quia humiliasti me ut discam justificationes tuas* (1). «Mi corazon se alegra en nuestro divino Salvador, de que por la persecucion y el desprecio de los de este pais, tenga ocasion de contener la vanagloria que pudiesen inspirarme los aplausos que me proporcionan mis libros y mi reputacion. En otras partes dicen que es una fortuna ver al gran Antonio Favre; aquí se considerarían felices en deshacerse de este desgraciado; y á todo eso, hermano mio, repito con vos con la mas perfecta tranquilidad: No somos mas que lo que somos delante de Dios, á cuyos ojos ni las alabanzas de los ausentes me elevan, ni los desprecios de los presentes me abaten; seamos, pues, indiferentes á los unos y á los otros, caminando delante de Dios en justicia y santidad.»

Además de los consuelos que encontraba en la religion, el piadoso magistrado halló una indemnizacion á su pena por el placer que tuvo en ceder al santo prelado su casa, la mayor y mas hermosa de Annecy, para que le sirviera de palacio episcopal y fuera siempre una prenda de su amistad para con él.

Habiendo ido Francisco á establecerse á ella, escogió

(1) Es decir: «Bueno es, Señor, que me hayais humillado para que aprenda á conocer vuestras justificaciones.» Salm. CVIII.

para su cuarto privado un gabinete muy estrecho, dando por razon que, despues de haber pasado el dia en grandes y magníficos departamentos como un gran personaje, era preciso que se acordase á la noche, al verse reducido entre cuatro paredes y en su pequeño lecho, de que no era mas que un hombre pobre y miserable. «De este modo, decia, »el Obispo de Ginebra ocupará su lugar durante el dia, y »Francisco de Sales el suyo por la noche.» (1)

Mientras que Francisco tenia de sí mismo unos sentimientos tan humildes, todas las bocas repetian sus alabanzas por su caridad y desinterés, á pesar del cuidado que ponía en ocultar sus obras á todas las miradas. Habiendo un caballero del Chablais ido á esponerle que una tempestad habia devastado sus mieses, de tal suerte que no tenia con qué sembrar sus tierras para el año siguiente, el hombre de Dios, compadecido de su pena, hizo sembrar á sus espensas las tierras del tal señor (2). El librero de Lyon, Pedro Rigaud, que habia impreso la *Introduccion á la vida devota*, habia obtenido de la venta de esta obra una enorme ganancia, y fué á ofrecerle cuatrocientos escudos en testimonio de su gratitud; mas Francisco, rehusó este presente, alegando que no queria otra recompensa de su trabajo que saber habia sido útil á las almas. Nuevas instancias del librero tuvieron por mucho tiempo la misma negativa; por último, habiendo reiterado sus solicitudes, «bien, dijo, puesto que lo quereis acepto vuestro dinero, pero estad seguro de que no lo colocaré á interés.» Y al punto envió los cuatrocientos escudos á una pobre y santa joven que deseaba vivamente entrar en religion, pero que no podia ejecutar su piadoso desigño por falta de medios para pagar el dote que la exigian (3).

La caridad del santo no fué menor con varios endemoniados que le trajo por esta época uno de sus sacerdotes.

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 4 de abril.—Carlos Aug., p. 417.

(2) Carlos Aug., p. 416.

(3) Dep. de Francisco Favre, que estaba presente.—Carlos Aug., p. 418.

Empezó por examinarlos con cuidado, descubriendo uno que fingia la posesion del demonio, sin tenerla en efecto, por lo cual le reprendió severamente; y habiéndose asegurado de la de los otros, pronunció sobre ellos los exorcismos, y tuvo el consuelo de dejarlos libres (1).

Pero lo que le proporcionó aún mayor consuelo, fué la conversion á la verdadera fe de unos quince herejes de Ginebra, y sobre todo de la Señora de Saint-Sergues, persona distinguida y de un talento notable, hábil en la controversia, que estudiaba hacia veintidos años, mas instruida que ningun ministro, y de tanta autoridad en su secta que se la llamaba la *archiministra*. Habiendo esta Señora ido á Annecy á ver á algunas amigas que tenia en esta ciudad, le propusieron hiciese una visita al Obispo, cuya reputacion era tan grande. «Dios me libre, contestó con aire de »desprecio; es un mal hombre, un encantador, un mago, »un hechicero, al que aborrecemos por sus engaños y »fraudes.—Pero al menos, la dijeron, consentid en oírle »predicar una vez.»

Consintió en ello, y así que le hubo oido sintió disminuir sus preocupaciones, y aun deseó que la presentaran á él. El santo Obispo la acogió con bondad, la dejó que se desahogara en invectivas contra la religion católica con un ardor y una violencia que no conocia medida, y todo esto sin que él perdiese nada de su incomparable dulzura; y cuando cesó de hablar, le espuso, evitando aun la sombra de controversia, las bellezas de la fe que no comprendia, y lo hizo con tanta tranquilidad, bondad y gracia que la Señora fuera de sí, no sabia qué admirar mas, si la tranquilidad de su alma ó la solidez de su doctrina. Sin embargo, no se rindió este primer dia; volvió á discutir otros puntos diferentes; y en fin, confesándose no solo convencida sino encantada de las bellezas de la religion católica, se resolvió animosamente á convertirse (2). El

(1) Carlos Aug., p. 418.

(2) Idem, p. 419.

santo prelado oyó su confesion, y escogió para reconciliarla con la Iglesia y admitirla á la santa mesa, la capilla de la Visitacion. «Como espero, escribia á la Madre Chantal (1), que los ángeles, y sobre todo la Reina de los ángeles, presenciarán el espectáculo del último acto de sumision de esta alma, deseo que se verifique cerca de vuestra pequeña compañía, para que seamos todos mirados con un gozo extraordinario por estos espíritus celestiales, y que celebremos con ellos el banquete de alegría con este hijo pródigo que ha vuelto á la casa de su padre.»

La abjuracion de una persona de tanto mérito llenó de rabia á los herejes de Ginebra. Persiguieron con sus insultos y llenaron de injurias á la Señora de San-Sergues, que, no solo permaneció fiel á la fe que habia abrazado, sino que empleó aún mas energía en defenderla que la que habia empleado en sostener la doctrina de Calvino. Este bello ejemplo determinó á varios herejes á convertirse, entre otros á un religioso italiano, llamado Nicolás Bartholonio, el cual, abandonando su claustro, habia ido á Ginebra á casarse. Este apóstata, sintiendo que se desperataban mas punzantes que nunca los remordimientos de su conciencia, fué á buscar al Obispo, á quien todos miraban como el padre de los hijos pródigos; y este no solo le obtuvo la absolucion de la Santa Sede, sino que le procuró un beneficio en la iglesia catedral de Sion (2).

Estas conversiones fueron seguidas de otra que hizo mayor ruido todavía. Francisco acababa de dar á luz una segunda edicion de la *Introduccion á la vida devota*, propagándose la obra mas y mas, y llevando á todas las almas la luz y la uncion de la verdadera piedad. Habiendo caido un ejemplar en manos del Baron de Monthelon, calvinista de la Lorena, este señor quedó tan profundamente impresionado con su lectura, que en el transporte de su admiracion se puso al punto en camino para Annecy, queriendo

(1) Carta CCXVI.

(2) Carlos Aug., p. 440.

á toda costa ver al autor de un libro tan incomparable, y conferenciar con él sobre la religion. Llegado á Annecy se presentó al Obispo, que le recibió con su bondad ordinaria, y le consagró todo el tiempo que quiso. La impertinencia del señor lorenés fué grande, pero el resultado muy consolador, porque despues de seis semanas de conferencias, este señor abjuró la herejía é hizo profesion de la fe católica (1).

Por este tiempo Francisco recibió una noticia que llenó de gozo su fe, y fué el establecimiento de la congregacion del Oratorio. Desde antes de su episcopado, su celo por el bien de la Iglesia le habia inspirado un proyecto semejante; habia comprendido cuán útil sería una sociedad de eclesiásticos sábios y piadosos, que ofreciesen al clero secular un modelo de perfeccion sacerdotal, y fuesen como un seminario de pastores ejemplares. Durante su estancia en París en 1602, habia conferenciado con el Señor de Berulle, que le habia ofrecido ponerse él mismo á la cabeza de la obra; pero su modestia habia rehusado un cargo del que creía al Señor de Berulle mas digno y capaz que ningun hombre en el mundo. Desde entonces esta idea habia permanecido solo en proyecto: con el vivo deseo que tenia de verla realizada, el hombre de Dios habia pedido á la Santa Sede el permiso de dejar al menos por algun tiempo su diócesis, con el fin de ayudar á dar principio á un bien tan grande; y no habiendo querido consentírsele la Santa Sede, que conocia lo necesaria que era la presencia de un Obispo como este en una diócesis como la de Ginebra, solo le fué posible contribuir á que se realizara con sus votos y oraciones. El cielo las oyó, y el 11 de noviembre de este año de 1611 el Señor de Berulle empezó el establecimiento de esta célebre congregacion, que ha hecho tan grandes servicios á la Iglesia. El santo Obispo bendijo á Dios, autor de todo bien, y escribió con este motivo á la bienaventurada María de la Encarnacion.

(1) Dep. de Favre.—Carlos Aug., p. 421.

«Hubiera deseado mas de lo que se puede espresar ser útil á la santa congregacion que se abre ahora bajo la direccion del Señor de Berulle, pero no he podido absolutamente hacerlo, pues nuestro Señor no me ha encontrado digno de ello.»

Francisco se indemnizó del bien que no podia hacer en París, consagrándose enteramente al buen gobierno de su diócesis. Pronto á ir á todas las partes donde su presencia podia ser útil, le vemos en esta época en Gex, donde convirtió á un caballero hereje, y atrajo á otros muchos á confesar al menos la belleza de la fe católica; en Thonon, donde sostuvo y aumentó el gran bien que habia empezado; en el castillo de Sales, donde consoló á su cuñada enferma la Baronesa de Thorens, y sostuvo su valor abatido. El tiempo mismo que gastaba en ir de un lugar á otro era útilmente empleado.

«Doy fe, dice un compañero de sus viajes (1), de que durante el camino nos hablaba de Dios y de las cosas del cielo, pero de un modo tan admirable, que involuntariamente se recordaba al arcángel San Rafael viajando con el jóven Tobías, y no se creía que el enviado celestial pudiese hablar mejor. Rezaba primero el itinerario de los clérigos, luego el Breviario, despues el rosario, diciendo en cada cuenta un *Padre nuestro* y un *Ave María*. Le pregunté un dia la razon de este modo de rezar el rosario.—Lo hago, me dijo, con el fin de dar gracias al Padre Eterno por haber escogido á María para ser la Madre del Verbo encarnado.—De ahí tomó ocasion de hablar de las sublimes prerogativas de la Madre de Dios, haciéndolo de un modo tan suave, que nuestros corazones estaban arrebatados y maravillosamente escitados á la devocion de la Santísima Virgen. La conversacion duró hasta nuestra llegada á Annecy, y allí, despues de haberme hecho notar que San Francisco de Asís habia sido deudor á la intercesion de María de todas las gracias con que el

(1) Dep. de Rendu.

«cielo le habia colmado, me dijo concluyendo.—Seamos dignos hijos de la Madre y del Hijo, é imitemos las virtudes del uno y de la otra.»

Sería difícil enumerar los milagros con que Dios se complacia en manifestar la santidad de su siervo.

Un dia, una madre afligida acudió á él llevando en sus brazos á su hija, á la que una fiebre continua, hacia tres meses la ponía en peligro de muerte. Bendijo á la enferma diciendo: «Dios os cure, hija mia;» y al punto quedó sana. Otro dia, habiendo ido á ver un enfermo reducido á la última estremidad, sin conocimiento y abandonado de los médicos, dijo á su mujer, que se deshacia en lágrimas: «No lloreis, roguemos á Dios; vuestro marido vivirá;» y pocos dias despues el enfermo estaba perfectamente curado. Animado con estos ejemplos, le trajeron en el momento en que se disponia para subir al altar un jóven paráltico de nacimiento, y todo contrahecho; empezó por confesarle aquel dia, le hizo comulgar al siguiente, y al tercero, despues de la Misa, le puso las manos sobre los hombros, y al punto todos sus miembros se enderezaron, volviendo á tomar tan perfectamente su forma natural, que el enfermo pudo volverse por su pié (1). Un sacerdote de Rumilly, á consecuencia de una fiebre ardiente, era víctima de una locura furiosa, que obligaba á tenerle encerrado y atado de pies y manos; tres veces habia roto sus cadenas, llenando á todos de espanto, corriendo á través de los campos, los bosques y las montañas. Cogido por cuarta vez y conducido á las prisiones del obispado se entregaba á los mas terribles escesos, cuando el Obispo, pasando por delante de la ventana de la prision, le llamó, tocó su mejilla á través de las rejas como para acariciarle, le dijo diera gracias á Dios por su curacion, y le hizo abrir en el acto las puertas de su calabozo. El desgraciado salió lleno de razon y de juicio, cayó de rodillas á los pies de su li-

(1) Carlos Aug., libro VII.—Dep. de Favre que estaba presente.